

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS URBANOS Y AMBIENTALES

No. 5

VINCULACIÓN DE MOVILIDAD SOCIAL Y CRECIMIENTO A TRAVÉS DE LAS MIGRACIONES Y REMESAS FAMILIARES A CENTROAMÉRICA

(Un enfoque de Cohesión Social)

Documentos de investigación



Manuel Ángel Castillo

El Colegio de México
Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales
México, D.F.; MARZO de 2012

Documento preliminar para discusión.



Vinculación de movilidad social y crecimiento a través de las migraciones y remesas familiares a Centroamérica

(Un enfoque de Cohesión Social)*

Manuel Ángel Castillo

México D.F., abril de 2012

*El presente texto es una versión revisada (no actualizada) de la ponencia presentada en el *Taller Internacional “Cohesión Social, Movilidad Social y Políticas Públicas en América Latina”* organizado por el Instituto Centroamericano de Estudios Fiscales (ICEFI) – la Corporación de Estudios para Latinoamérica (CIEPLAN) – el Instituto Fernando Henrique Cardoso (iFHC) y la Corporación Andina de Fomento (CAF),

· Profesor-Investigador, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México. El autor agradece el apoyo brindado por Telésforo Ramírez García para la preparación y procesamiento de la información estadística de la Current Population Survey (CPS) utilizada en el presente trabajo.

Advertencia

El presente trabajo no pretende ser exhaustivo respecto de los temas que aborda, ni tampoco de las fuentes existentes. Durante mucho tiempo se ha planteado que los procesos migratorios contemporáneos en Centroamérica son materia de desconocimiento generalizado y –en algunos casos-- de desinterés por parte de instituciones responsables de producir la información y el análisis que permitan superar dicha situación.

Ello es más preocupante aún si se considera que el fenómeno migratorio en la región ha alcanzado dimensiones (volúmenes, proporciones, extensión territorial y social) significativas.¹ Se trata de un ingrediente inevitable en las agendas nacionales, en los planteamientos de política pública y, por supuesto, en términos de sus consecuencias sobre los niveles y las formas de cohesión social que convocan a este estudio (Naciones Unidas, 2007).

Sin embargo, en los años recientes, se ha desarrollado una relativa proliferación de trabajos de muy diversa índole –cobertura, alcances, enfoques teóricos, uso de información, propuestas metodológicas y propósitos de los mismos—que hace difícil una cobertura amplia de los mismos. Por ello, en este caso se tratará de abundar en las referencias y análisis de los trabajos más conocidos y accesibles, con el propósito de dar una idea del panorama migratorio actual, arriesgando omisiones que pueden ser importantes, pero sobre las cuales se tendrá que seguir trabajando.

1. Situación actual y tendencias recientes en Centroamérica sobre las migraciones y remesas familiares en América Central

El patrón de las migraciones en Centroamérica cambió radicalmente a partir de finales de los años setenta del siglo XX. Hasta entonces, había predominado un esquema de movilidad poblacional asociado principalmente al modelo de urbanización tardío que experimentaron los países de la región. En ese contexto, los principales flujos observados eran los de carácter rural-urbano, que se sumaron a los tradicionales desplazamientos rural-rurales, sobre todo de tipo temporal, para satisfacer la demanda laboral durante las épocas de cosecha en las unidades agrícolas productoras para la exportación (CSUCA, 1978a y 1978b).

¹ Es el caso del papel que desempeñan en la actualidad las migraciones en El Salvador, en donde su importancia alcanza todas las esferas de la vida social. (PNUD, 2005b).

En el ámbito internacional, la movilidad era relativamente escasa. Los desplazamientos más importantes eran de carácter intrarregional y principalmente aquéllos de naturaleza transfronteriza entre países vecinos (Morales, 2007:109-129 y 137-141). Dentro de ellos, existían los tradicionales movimientos de individuos y familias que responden a motivaciones de orden familiar, de relación comunitaria –sobre todo cuando existían vínculos propios de grupos étnicos asentados en ambos lados de las fronteras–, laborales y comerciales. Al igual que en el interior de los países, también ocurrían movimientos de trabajadores que cruzaban las fronteras para trabajar en actividades agrícolas en los periodos de cosecha, como parte de mercados laborales regionales de carácter rural (Castillo y Palma, 1996:25).

Desde aquella época ya se registraron algunos desplazamientos cuantitativamente poco significativos hacia territorio de Estados Unidos, los cuales se confirman en los datos disponibles sobre cohortes de residentes de larga data (ver Cuadro 2). Otro tanto ocurrió en algunos países fuera de la región, como es el caso de México, en donde, a pesar de la cercanía, los centroamericanos no ocupaban los principales lugares entre los residentes nacidos en el extranjero.

La época del refugio

A fines de los años setenta, en correspondencia con el inicio de la crisis sociopolítica experimentada principalmente por tres países de la región – Nicaragua, El Salvador y Guatemala—y cuyos efectos pronto se extendieron al resto de naciones vecinas, se observaron los primeros desplazamientos, sobre todo asociados al conflicto armado, aunque no exclusivamente. En un primer momento, poblaciones rurales se dirigieron a otras zonas semejantes fuera de las áreas de conflicto, o bien, a las zonas urbanas que ofrecían mayor seguridad y alguna mayor probabilidad de sobrevivencia económica (Ibid.:27-32; Morales, 2007:117-122).

La extensión de los conflictos pronto propició desplazamientos fuera de las fronteras nacionales. Nicaragüenses, salvadoreños y guatemaltecos comenzaron a salir de sus respectivos países y, en una primera instancia, se dirigieron a otras naciones de la región que no estaban directamente involucradas en el conflicto, como fueron los casos de Costa Rica, Honduras y Belice (Torres-Rivas, 1984). En poco tiempo, esos destinos resultaron insuficientes, por diversos motivos, ante la creciente demanda de protección y asistencia para la sobrevivencia de los desplazados; pronto el conflicto también se regionalizó y ello contribuyó a que los países

vecinos dejaron de constituir una opción adecuada para los crecientes flujos de desplazados.

Por esa razón, los destinos empezaron a rebasar los límites de la región, principalmente hacia el Norte (México, Estados Unidos y Canadá) e incluso a referirse a lugares más distantes, como algunas naciones europeas y Australia (Aguayo, 1985; O'Dogherty, s/f; UNIPAZ/UCR/UN, 1987). No obstante, los destinos privilegiados fueron aquellos ubicados en el continente, en la medida en que el tránsito era relativamente más accesible, sobre todo para sectores medios demandantes de protección y mecanismos para la supervivencia.

Los refugiados guatemaltecos en México

Entre los grupos en busca de protección, destacó el caso de los campesinos guatemaltecos procedentes del nor-occidente de su país, quienes cruzaron la frontera con México entre 1981 y 1983 bajo condiciones dramáticas y que se constituyeron en el contingente de "refugiados guatemaltecos", como se les conoció ampliamente, aunque formal y legalmente nunca tuvieron ese estatus migratorio (Messmacher et al., 1986; COMAR/ACNUR, 1999).

Una parte de esa población gozó del reconocimiento de las autoridades mexicanas, las cuales junto con la cooperación internacional y otras organizaciones civiles, brindaron protección y asistencia a alrededor de 46 mil personas. Sin embargo, coexistió otro grupo de personas no reconocidas ("refugiados dispersos" se autodenominaron), quienes en número indeterminado se establecieron en diversas localidades de la región fronteriza; estas personas y familias debieron desarrollar estrategias de subsistencia con el apoyo y solidaridad de las comunidades en las que se asentaron, principalmente en el estado de Chiapas (Salvadó, 1987).

Los procesos de repatriación y de retorno

Un hecho que llamó la atención en el caso del refugio centroamericano, sobre todo salvadoreños y guatemaltecos, fue que tanto las repatriaciones individuales como colectivas ocurrieron antes de que se suscribieran los acuerdos de paz y de que concluyeran los conflictos armados en sus países de origen (Larkin et al., 1991). Ése fue el caso de salvadoreños en muchos países, pero especialmente los asentados en campamentos en Honduras que gozaban de la protección de organismos internacionales y nacionales. Las repatriaciones ocurrieron desde fines de los años ochenta, mientras que los acuerdos de paz se suscribieron en México en 1991.

En el caso de la población guatemalteca refugiada en México también ocurrió algo semejante. Al principio, se detectaron repatriaciones individuales y familiares, por lo general sin ninguna protección y control por parte de las instancias participantes en su atención. Posteriormente, luego de intensas negociaciones entre los representantes de los refugiados, los gobiernos involucrados, los organismos internacionales y las organizaciones civiles de apoyo, se dio paso en 1993 al proceso de retorno voluntario, colectivo y organizado (como los mismos refugiados lo denominaron). El mismo culminó —luego de no pocos incidentes— en 1999, cuando se declaró la cláusula de cesación por parte del Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR), mientras que los acuerdos de paz se habían suscrito en 1996 (Kauffer, 2000).

El hecho destacable respecto de esta población es que alrededor de una tercera parte del total decidió no regresar a su país de origen y prefirió permanecer en México en sus asentamientos, para entonces localizados en los estados fronterizos del sur de Chiapas, Campeche y Quintana Roo. Se dio paso entonces a un proceso de “estabilización migratoria” de quienes permanecieron México y, más ampliamente, de integración a la sociedad mexicana (Kauffer, 2005a). A pesar de ello, subsisten lazos con sus pueblos originarios, mismos que permiten el mantenimiento y desarrollo de algunas relaciones que podrían calificarse como transnacionales. De hecho, ellas han dado paso a procesos de re-emigración, aún no suficientemente conocidos y analizados como parte de nuevos patrones migratorios (Hurtado, 2001), mismos que han dado lugar a otras migraciones a México con propósitos de permanencia o bien de tránsito hacia otros destinos, pero principalmente hacia el Norte (Kauffer, 2005b).

El refugio en Estados Unidos y Canadá

A pesar de las dificultades que significaba para los centroamericanos llegar a países distantes, como son los casos de Estados Unidos y Canadá, los años ochenta fueron escenario de un flujo creciente, sobre todo de salvadoreños (Montes, 1987), nicaragüenses y guatemaltecos (Salvadó, 1992). En el decenio 1980-1990, dichas poblaciones experimentaron tasas de crecimiento promedio anual inéditas (de 15.9%, 13.4% y 12.8%, respectivamente), mismas que dieron lugar a la constitución de una base poblacional significativa hacia el final del decenio y que, a la larga, propició el desarrollo de nuevas emigraciones desde Centroamérica.

Tanto en Estados Unidos como en Canadá, la figura del refugio o asilo (en la tradición anglosajona) constituyó un recurso al cual pudieron

acogerse individuos y familias procedentes de los tres países mencionados, en números crecientes. Además, a medida que transcurría el tiempo, con el auxilio de organizaciones civiles y grupos de abogados en solidaridad, se promovieron recursos legales para lograr la extensión de su permanencia en territorio estadounidense, argumentando que las condiciones que habían propiciado su éxodo seguían siendo vigentes y que la deportación a sus países de origen pondrían en grave peligro a dichas personas; tales son los casos de los programas de estancia temporal (American Baptist Churches vs. Thornburgh –ABC-; Temporary Protected Status –TPS-; y, la Ley NACARA-Nicaraguan Adjustment and Central American Relief Act).

Las migraciones laborales recientes

Desde fines de los años ochenta, se empezó a observar un proceso de emigración creciente, desde algunos países centroamericanos, principalmente con dirección al Norte, pero al mismo tiempo un flujo significativo de nicaragüenses que cruzaban su frontera sur hacia territorio costarricense (Morales y Castro, 1999); se dice que “... el censo costarricense de 2000 arroja un total de 300 mil inmigrantes –que equivalen al 8% de la población del país--, más de un 75% de ellos son nicaragüenses, cuyo número se quintuplicó en sólo dieciséis años” (INEC, 2001, citado en Villa y Martínez Pizarro, 2002:34).

No son despreciables los movimientos migratorios intrarregionales observados durante este periodo. A los desplazamientos ocurridos en épocas anteriores, sobre todo orientados a actividades agrícolas, en el periodo reciente se nota una diversificación en las características de los flujos y principalmente en los destinos ocupacionales de los migrantes. Además de emplearse ahora en el comercio y los servicios, existen evidencias de su inserción en actividades informales en espacios urbanos, sobre todo en las ciudades mayores, como es el caso de las ciudades capitales (Morales, 2006:141-194).

García (2007:14) señala que “El Salvador ... recientemente se ha constituido también como receptor de población proveniente de Nicaragua y Honduras, especialmente en los territorios de la zona oriental de donde la migración de salvadoreños a Estados Unidos ha sido particularmente intensa, ...”. Por su parte, Morales (2007:19) afirma que “... Guatemala... se ha constituido en un importante receptor de población no sólo de origen centroamericano, sino de otros orígenes que, aunque no tienen como objetivo llegar a este país, por las circunstancias migratorias se quedan allí...”.

Por su parte, la nueva corriente emigratoria hacia el norte se diferenciaba de su antecedente inmediato de población en busca de refugio, en la medida en que se trataba más bien de una migración laboral, mayoritariamente individual, aunque eventualmente también de miembros de familias o de familias completas, incluso en proceso de reunificación. El desplazamiento de esta población empezó a ocurrir de manera cada vez más irregular, en la medida en que se fue haciendo más difícil cumplir con los requisitos que establecía el gobierno de Estados Unidos para otorgar una visa, incluso de turista como se lo planteaban los potenciales emigrantes, en un primer momento. Es claro que para muchos de ellos, sólo se trataba de un medio para internarse en territorio estadounidense y permanecer en forma prolongada, independientemente de que contaran con una autorización para hacerlo e incluso para laborar en aquel país.

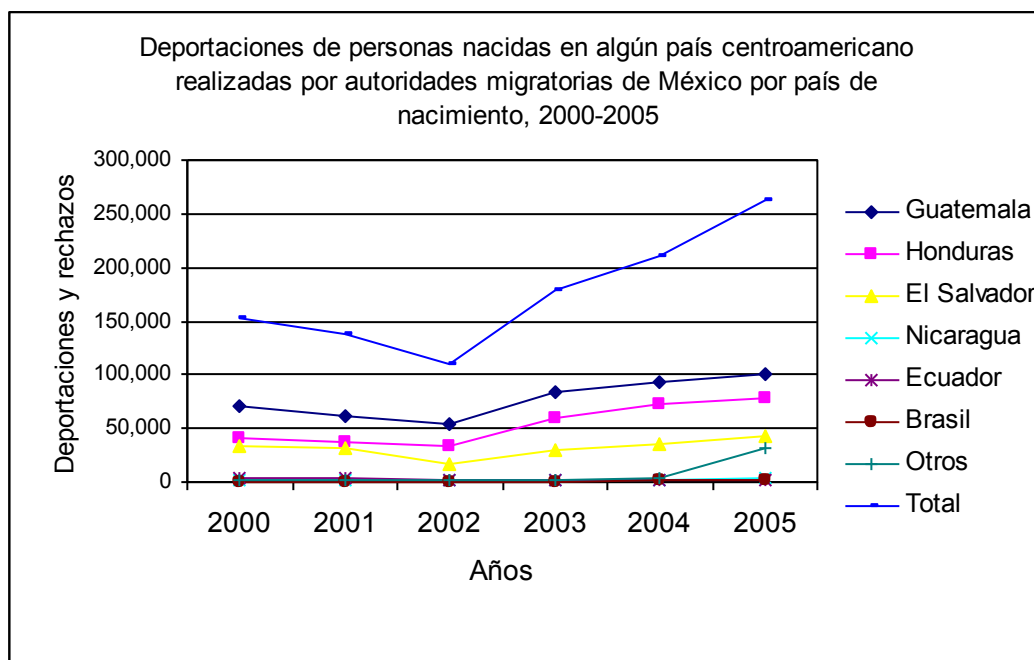
Otro tanto fue ocurriendo con el gobierno mexicano, que también endureció su política de admisión y control de extranjeros, principalmente de centroamericanos, en vista de que su territorio empezó a convertirse en el lugar natural de tránsito terrestre en su ruta privilegiada, sobre todo por razones económicas (costos de la migración) y para tratar de evadir los controles establecidos. No ocurrió así en el interior de los países centroamericanos, ya que el acuerdo conocido como CA-4 facilitaba el desplazamiento por los territorios de Nicaragua, El Salvador, Honduras y Guatemala, sin mayores requerimientos.²

En pocos años, el flujo adquirió intensidades y dinámicas nunca antes observadas. Las evidencias disponibles mostraron que la corriente estuvo integrada en sus inicios principalmente por salvadoreños, guatemaltecos y nicaragüenses, pero en el primer quinquenio de los años noventa se sumó un creciente contingente de hondureños, quienes hasta la fecha constituyen una parte importante de los desplazamientos.

El carácter mayoritariamente indocumentado de las migraciones hace imposible dimensionar el movimiento migratorio. Las únicas estadísticas disponibles son aquellas en que se consignan las acciones de las autoridades migratorias mexicanas en términos de detenciones (“aseguramientos”), rechazos y devoluciones. Sin embargo, debemos

² No obstante, ha habido momentos en los que el gobierno guatemalteco ha tratado de imponer restricciones al acuerdo, argumentando que su territorio se ha convertido en receptor de migrantes originarios de las naciones vecinas que no logran su objetivo. Los gobiernos del resto de países han cuestionado dichas medidas y, en parte, por ello se ha vuelto a los términos originales del convenio. Más recientemente, la operación de los acuerdos de repatriación de migrantes indocumentados “asegurados” por las autoridades migratorias de México, suscritos con los gobiernos centroamericanos, ha contribuido para que ello no ocurra, al favorecer el traslado de hondureños, salvadoreños y nicaragüenses repatriados hasta la frontera oriental de Guatemala.

tomar en cuenta que las mismas dan cuenta de números de eventos –y no de números de personas-- y, por lo tanto, sólo aportan una idea aproximada sobre el comportamiento de los flujos. Ello se debe a que –por una parte-- pueden considerar múltiples acciones sobre una misma persona y –por la otra-- dependen de la efectividad y eficiencia de la actuación de las autoridades encargadas de realizar los operativos de intercepción y detención de migrantes indocumentados.



No obstante, toda esta información sólo da cuenta justamente de las personas que, al menos por las razones en que son incluidas en el recuento, no lograron su objetivo y, por lo tanto, no forman parte del conjunto de lo que en estricto sentido debiéramos llamar población migrante. Este concepto tendría que hacer referencia a aquellas personas que finalmente llegaron a Estados Unidos y lograron asentarse allí, independientemente de su condición de autorizadas o no para permanecer e incluso para relizar actividades laborales remuneradas.

Una parte de esta población está siendo captada, desde hace un poco más de dos años, por la Encuesta sobre Migración en la Frontera Guatemala-México (EMIFGUAMEX), cuyos resultados pronto estarán a la disposición de los interesados para su análisis (INM-CONAPO-COLEF-SEGOB-STyPS-SRE, 2006). De ahí que, las estimaciones de la población inmigrante, es decir, de la que logró sus propósitos (al menos con una temporalidad aceptable, aunque su destino sea incierto por su condición indocumentada), sólo deba efectuarse en los lugares de destino para hablar en rigor de población migrante.

Existe una excepción a esta afirmación y es el caso de los migrantes en tránsito que, por diversas razones (asaltos, extorsiones, accidentes, entre otras), se ven obligados a interrumpir (temporalmente o en forma indefinida) su trayectoria y permanecen en algún lugar en la ruta. Se dice —porque no hay evidencias disponibles— que muchos centroamericanos en estas condiciones han permanecido en diversas localidades mexicanas, con el objeto de resolver sus necesidades más urgentes y con la esperanza de acumular algunos recursos para continuar su jornada. Sin embargo, el logro del segundo objetivo puede prolongarse indefinidamente y la estancia en localidades fronterizas o en algunas ubicadas en las rutas más comunes, puede tornarse en más o menos permanente, aunque sobre ello —como ya se dijo— no existe información disponible.

a. Caracterización del perfil de los migrantes

Por sus volúmenes e importancia social, es la población de centroamericanos residentes en Estados Unidos la que en la actualidad capta la mayor atención de propios y extraños en el caso de la dinámica emigratoria desde la región. Una dificultad para lograr una caracterización amplia de esta población tiene que ver con la condición indocumentada de una proporción importante del conjunto.

A continuación se presentan algunas características de la población nacida en Centroamérica residente en Estados Unidos, en su mayoría a partir de los datos que provee la Current Population Survey (CPS) en su versión correspondiente al año 2005, a menos que se indique lo contrario.

Según dicha fuente, en el año en referencia, dicha población se estimaba en un poco menos de tres millones de personas, luego de que, con base en la información censal, se había incrementado de un poco más de 120 mil personas en 1970 a un poco más de dos millones en el año 2000. En términos porcentuales, en 2005 la mayor proporción correspondía a las personas nacidas en El Salvador con cerca del 42%, seguida bastante de lejos por los originarios de Guatemala (20.4%) y de Honduras (14.2%) (Cuadro 1).

En términos de su composición por edad y sexo, se confirma que el perfil predominante se corresponde con las características de una migración laboral, es decir, que se trata de población mayoritariamente en edades activas. Los intervalos de edad con las mayores proporciones son los que se ubican entre los 20 y 39 años (16.1%, 16.7% y 16.4%, respectivamente), en los cuales se concentra más de la mitad de la

población nacida en algún país centroamericano residente en Estados Unidos (Cuadros 3 y 7).

Mientras tanto, la proporción de hombres (54.5%) es ligeramente mayor a la de mujeres (45.5%), aunque se observan algunas diferencias cuando se desagregan los datos por país. Tanto en términos de edad como de composición por sexo, destacan las diferencias de los casos de Belice, Costa Rica y Panamá, cuyos nacionales también plantean la mayor antigüedad de residencia, con base en la información sobre los periodos de llegada. Ello pone en evidencia que estamos frente a dos patrones de emigración con notables diferencias no solamente respecto de su volumen, sino también en términos de su composición. Las migraciones de originarios de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, responde más a un patrón reciente, evidente en su mayoritaria llegada a territorio estadounidense durante los últimos veinticinco años (Cuadros 2a y 2b).

Un dato que —en cierta medida—sorprende es lo relativo a los niveles de escolaridad de la población que nos ocupa. En términos agregados, un poco más de una quinta parte (22%) de los centroamericanos reportaron poseer en promedio más de 12 grados de escolaridad, lo cual significa que no sólo han cubierto la educación media completa, sino que tienen algún nivel de estudios profesionales y eventualmente de posgrado. Esta condición contrasta con el caso de los migrantes mexicanos, quienes en promedio, sólo en un 13.2% poseen ese nivel de escolaridad (Cuadro 4).

Sin embargo, no sorprende la condición del extremo inferior en la escala, pues 3.6% tienen menos de un grado de escolaridad (o ninguno) y 24.3% declararon poseer entre 1 y 6 grados cursados (nivel primario). En ese sentido, hay más similitudes con los migrantes mexicanos, quienes en esos dos niveles agrupan 29.9%. Al desagregar los datos por países se observan diferencias sustantivas y nuevamente contrastan los casos de Belice (77%), Costa Rica (79.1%) y Panamá (90.2%), cuyos originarios poseen las mejores condiciones en materia de escolaridad, ya que los mayores porcentajes se encuentran en los niveles superiores de la escala (12 grados con diploma y más de 12 grados).

Llama la atención el hecho de que, al separar la información por sexo, no se encuentran grandes diferencias en los niveles de escolaridad entre los hombres y las mujeres nacidos en algún país centroamericano. En todo caso, las mujeres registran una ligera ventaja en el grupo de personas de 16 años y más con 12 grados con diploma (25.6% sobre 22.5% de los hombres) (Cuadros 5 y 6).

b. Evolución del mercado laboral en Centroamérica

La evolución del empleo en la región está fuertemente determinada por el comportamiento de las economías que han debido remontar una serie de limitaciones, tanto de orden estructural como de carácter coyuntural. Entre las primeras habría que tener presentes los problemas de desigualdad en materia de ingreso, así como la insuficiente capacidad de formación de capital y, en última instancia, de generar crecimiento económico elevado y sostenido que permita un proceso de creación de empleos acorde con la demanda de una población en edad activa en crecimiento.

En términos coyunturales habría que recordar los efectos de los conflictos sociales en la región –especialmente durante el decenio de los ochenta-- que no sólo afectaron a los países directamente involucrados, sino que también se extendieron a todos los demás países. Más recientemente, hay que considerar a su vez los efectos de situaciones de desastre derivadas de los llamados “desastres naturales”, particularmente los huracanes Mitch y Stan, los cuales asolaron extensas zonas de la región y produjeron cuantiosos daños humanos y materiales (véase, por ejemplo, Memoria Seminario-Taller Internacional, 2006).

Por todo ello, las economías centroamericanas han experimentado fuertes restricciones para recuperar la dinámica de sus economías, mismas que habían vivido tiempos de bonanza relativa en el tercer cuarto del siglo pasado. Sin embargo, con excepción de Costa Rica y Panamá, en general, los demás países registran muy bajas tasas de crecimiento de su Producto Interno Bruto per Capita, e incluso decrementos (tasas negativas) en varios años durante el periodo reciente (CEPAL, 2006: Cuadro A-3, 139).

Es frecuente escuchar que en la actualidad, “... un notorio sesgo del actual modelo de desarrollo es su limitada capacidad para generar empleos de calidad.” y que “... en el Istmo Centroamericano [...] existe un ‘exceso de oferta’ en el mercado laboral, que no sólo presiona al ya magro salario real, sino que ha provocado alguna frustración con respecto a los resultados de la estrategia económica...” (Guerrero de Lizardi, 2007:9).

Aunque la región latinoamericana ha experimentado, recientemente y en general, un avance en sus economías gracias a una mejora de los términos del intercambio, se dice que “... la mejora no es generalizada, ya que los países centroamericanos han sufrido un deterioro de los términos del intercambio debido al escaso dinamismo de los precios de sus productos de exportación, afectados en gran medida por la competencia de China en el mercado estadounidense y a su condición de importadores netos de petróleo” (CEPAL, 2006:15). Es decir, que a la secular

dependencia de las fluctuaciones de los precios internacionales de los productos tradicionales de exportación, sobre todo agrícolas, se ha sumado un factor adicional que le resta competitividad a las economías de la región.³

En términos más inmediatos, si se compara el comportamiento de las economías de la región entre los años 2005 y 2006, se dice que “Los indicadores macroeconómicos registraron mejorías sensibles, atenuando la vulnerabilidad externa [...] en un entorno exterior que continuó siendo, en general, favorable...” (CEPAL, 2007:1). No obstante, según la misma fuente, a pesar de que se registraron descensos generalizados en materia de desempleo urbano (no hubo información para Guatemala) como un reflejo de la expansión económica, “... se necesitan tasas de crecimiento altas y sostenidas en torno a 6% para mejorar sustancialmente el problema de desempleo que viven numerosas familias en cuatro países” (Ibid.:22).

Un hecho evidente en los países de la región es el peso crecientemente significativo de la economía subterránea, misma que se traduce en una proporción en aumento del empleo informal.⁴ La situación experimentada en los años recientes se sintetiza en la afirmación de que “En los casos de Costa Rica, El Salvador y Honduras la tasa de desempleo abierto presenta una tendencia ascendente; en Nicaragua parece que la tendencia es a la baja, y en Guatemala y Panamá, posterior a los primeros años de los noventa, no se observa una clara dirección, es decir, se nota una cierta persistencia en sus valores.” (Guerrero de Lizardi, 2007:16).

c. Destinos de emigración de los centroamericanos

Como ya se adelantó en la Introducción, las migraciones laborales centroamericanas, que constituyen la mayor parte de los flujos actuales, en el ámbito internacional se han dirigido principalmente hacia el Norte, teniendo como destino al territorio de Estados Unidos. De manera subsidiaria, se plantea que, debido al desplazamiento mayoritario por vía terrestre, el uso del territorio mexicano puede convertirse en un destino involuntario y temporal, en la medida en que algunos migrantes se ven obligados a permanecer en tanto obtienen los recursos para continuar su camino. Por otra parte, también se adelantó que una proporción

³ “En países como El Salvador ... se perdió empleo por la contracción en el sector de la maquila de textiles; ...” (CEPAL, 2006:54).

⁴ “... la participación promedio del empleo informal en el empleo total ascendió a 42.60% para Costa Rica (1991-2001), 61.77% para El Salvador (1994-2004), 63.05% para Guatemala (1986-2003), 66.23% para Honduras (1991-2003), 65.28% para Nicaragua (2003), y 46.38% para Panamá (1991-2003). [...] cabe advertir un proceso de polarización de los mercados laborales de la región bajo la estrategia económica vigente.” (Guerrero de Lizardi, 2007:44).

importante de la emigración nicaragüense se dirige hacia el sur y se interna temporal o de manera definitiva en Costa Rica.

No hay evidencias disponibles sobre el surgimiento de nuevos destinos de la emigración centroamericana, pero se empieza a detectar su presencia en algunos países europeos. Éstos podrían convertirse en destinos viables, ante el incremento de las tarifas de los conductores (“coyotes” o “polleros”), mismas que eventualmente podrían ser superiores a los precios de los boletos de avión a aquellas naciones en las que aún no hay restricciones de visado para los nacionales de Centroamérica.

Otro flujo migratorio que habría que considerar por sus probabilidades de crecimiento en algún plazo aún indeterminado, es el de los centroamericanos que se han incorporado al programa de trabajadores temporales en Canadá. Aunque se trata de estancias temporales bastante bien definidas, debe considerarse que, en la medida en que su participación sea significativa en términos de montos y de beneficios para sus hogares, podrá constituirse en una estrategia de realización y desarrollo para ciertos sectores sociales de los países involucrados.

Los destinos en Estados Unidos

De acuerdo con los datos de la CPS-2005, los inmigrantes originarios de Centroamérica que residen en Estados Unidos, tanto en su conjunto como en el caso de la mayoría de países, comparten con sus homólogos procedentes de México (42.0%) el hecho de registrar una mayor concentración en el estado de California (32.1%). Esta característica no es común con el conjunto de la población inmigrante procedente de otros países, la cual muestra un patrón más disperso (Cuadro 17).

Sin embargo, cuando se analizan los destinos secundarios, los centroamericanos se encuentran en estados diferentes que los mexicanos, pues estos últimos privilegian, tanto por razones históricas como de vecindad, su presencia en entidades como Illinois (por la importancia de la ciudad de Chicago, 5.6%), o bien, Texas (19.6%) y Arizona (5.4%), por su condición fronteriza (Cuadro 18).

Mientras tanto, el conjunto de la población centroamericana se localiza en segundo y tercer lugar en importancia en Texas (10.0%) y Florida (9.8%). Este último también es significativo para el caso de los mexicanos (ocupa el 5º lugar con 3.3%), aunque se trata de un estado con presencia más relevante de otras poblaciones inmigrantes, como es el caso de los cubanos.

Cuando se observa la localización residencial de los centroamericanos por país, se notan algunas diferencias que sería interesante tratar de explicar. Así, por ejemplo, los originarios de Honduras y Nicaragua se localizan principalmente en Florida (32.3% y 30.2%, respectivamente) y no en California (21.2% y 25.8%, respectivamente), aunque esa información podría estar distorsionada por la información no especificada en la fuente por un grupo importante de población que, aunque se reconoció como de origen centroamericano, no indicó el país de procedencia. Guatemaltecos y salvadoreños poseen un patrón más semejante y esperable a partir de las tendencias observadas históricamente. Después de registrar la mayor concentración en California (46.5% y 43.8%, respectivamente), se encuentran en Texas (6.4% y 8.2%), Nueva York (9.3% y 6.5%) y Maryland (4.7% y 7.4%, en tanto parte de la zona metropolitana de la ciudad de Washington, D.C.) (Cuadro 19).

Por otra parte, los originarios de Belice, Costa Rica y Panamá, al igual que sucede con otras variables, muestran un patrón totalmente distinto al del resto de la región. Aunque los beliceños se concentran principalmente en California (40.0%), su segunda localización en importancia es Nueva York (20.7%). Los costarricenses se ubican primordialmente en Nueva Jersey (25.5%) y el resto tiene un patrón más disperso, lo cual ocurre de manera más extendida en el caso de los panameños.

Los centroamericanos en México⁵

La presencia y localización de los centroamericanos está marcada por una serie de hechos históricos y por las tendencias recientemente observadas, según las cuales la migración al norte se dirige de manera predominante hacia Estados Unidos. De ahí que se especule sobre la presencia de población centroamericana, sobre todo procedente de los países de mayor emigración reciente (Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua) en localidades ubicadas en las rutas de tránsito o bien en las zonas fronterizas. La explicación tendría que ver con las circunstancias que impiden su tránsito en dirección al norte y que los obligan a permanecer por lapsos de duración indefinida, aunque el propósito sea acopiar recursos para continuar el trayecto.

Aunque la presencia de población extranjera residente en México ha sido históricamente poco significativa, pues su proporción en el total nunca ha rebasado el 1%, en los últimos años censales ha oscilado en montos cercanos y por debajo del 0.5%. De los extranjeros residentes en el

⁵ El contenido de este apartado se basa en el texto de Castillo y Herrera (2006).

país en el año 2000, la mayor proporción (79.7%) declaró haber nacido en territorio de Estados Unidos, lo cual se explica en parte por la relación de vecindad, pero también por razones vinculadas con la movilidad transfronteriza de la población mexicana. En el resto destacan los casos de Guatemala (5.6%) y el conjunto de los otros países centroamericanos (3.9%) como naciones de origen de residentes en México en dicho año censal.

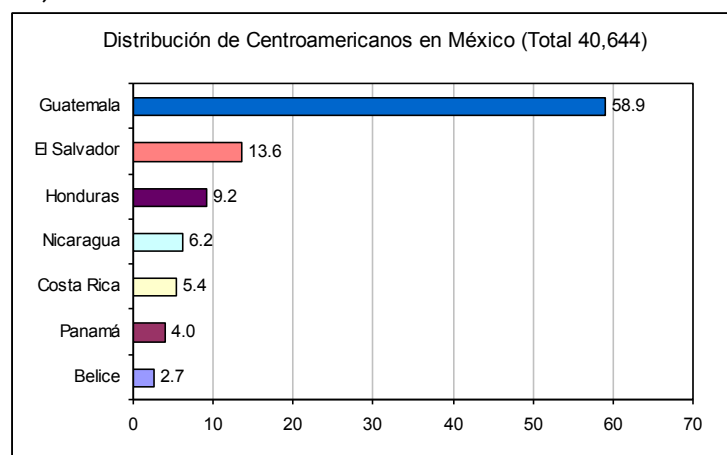


Población nacida en el extranjero residente en México. 2000

Continente	Absolutos	%		%	País
África	986	0.2	⇒	79.7	Estados Unidos
Asia	11489	2.3		5.6	Guatemala
América	430954	87.5		3.9	Resto de Centroamérica
Europa	48110	9.8		10.8	Resto de América
Oceanía	821	0.2			
Otros países	257	0.1			
	492617				

Fuente: Tomado de Castillo y Herrera (2006:10) con base en datos de INEGI, 2005.

Distribución de la población de origen Centroamericano que reside en México, 2000.



Fuente: Castillo y Herrera (2006:11), elaborada con base en la Muestra del 10% de viviendas del Censo de Población de México.

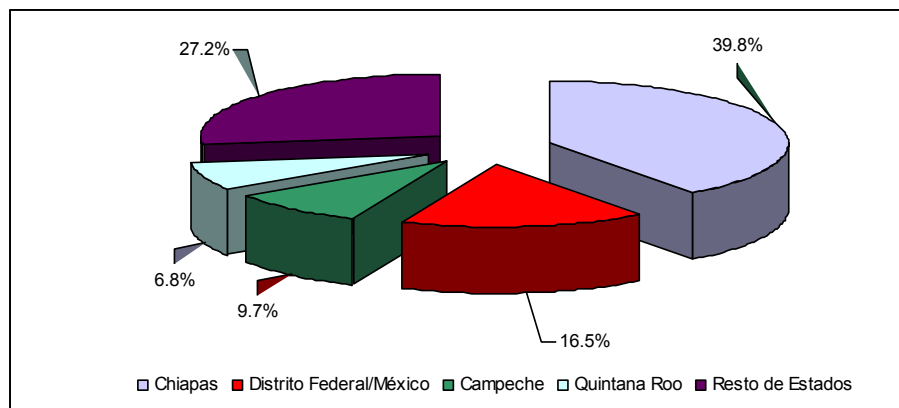
Como un caso especial y desde el punto de vista histórico, la presencia de población de origen guatemalteco en territorio mexicano se explica en buena medida por la relación de vecindad y sobre todo por los vínculos transfronterizos, mismos que han propiciado la movilidad de individuos y familias en las zonas próximas a los límites, especialmente en las áreas más pobladas. Una contribución importante a la presencia de personas de origen guatemalteco es la permanencia de una parte de aquéllos que llegaron y se asentaron formando parte del conjunto que se conoció como refugiada.

Además, en este caso, hay que considerar la importancia que han jugado los movimientos de carácter temporal para realizar labores remuneradas, principalmente en el sector agrícola, aunque más recientemente se hayan diversificado hacia actividades más urbanas, como lo son el comercio, los servicios y, dentro de estos últimos, el servicio doméstico prestado por mujeres en hogares fronterizos.

Por todo ello, no es extraño que, de acuerdo a la información que ofrecen los resultados de la muestra del 1% del Censo de Población y Vivienda del año 2000, la mayor concentración de originarios de Guatemala se localice en el estado de Chiapas (59.8%) y le sigan en importancia los ubicados en Campeche (15.6%) y Quintana Roo (7.0%).

Este patrón de localización contrasta con la de los originarios del resto de países, quienes en su mayoría registran sus mayores concentraciones en el Distrito Federal, excepción hecha de los beliceños que se ubican principalmente en Quintana Roo (64.6%), Yucatán (11.3%) y Campeche (6.2%), todas ellas ubicadas en la Península de Yucatán, región vecina a la pequeña nación. Los originarios de los demás países muestran patrones más dispersos, lo cual puede explicarse por la condición de diversos sitios que ofrecen mayores posibilidades de ocupación (Cuadro 20).

Gráfica. Principales entidades federativas en las que se concentra la población nacida en algún país centroamericano que reside en México, 2000.



Fuente: Elaborada con base en la Muestra del 10% de viviendas del Censo de Población de México, 2000.

d. Oportunidades de los migrantes en sus países de destino

Se ha planteado que las recientes migraciones de centroamericanos hacia Estados Unidos son básicamente de carácter laboral, con lo que se quiere afirmar que su patrón contrasta con el que manifestaron los desplazamientos ocurridos en los años ochenta, en ocasión del conflicto regional, cuando se privilegiaba la búsqueda de protección. Progresivamente y a lo largo de los últimos veinte años, los nacionales de los países de la región se han insertado en una dinámica de movilidad muy semejante a la de sus homólogos mexicanos y han pasado a formar parte de lo que hipotéticamente podríamos denominar un “sistema migratorio regional”.

Su participación en dicho movimiento ha sido y es relativamente exitosa, en la medida en que el mercado laboral estadounidense no solamente ha sido capaz de absorber a esta población, sino que incluso se ha beneficiado de su fuerza de trabajo en determinados nichos de empleo. Por otra parte, hay que reconocer que el impulso a la emigración de los centroamericanos tiene otros componentes que conforman un marco más amplio de búsqueda de oportunidades en materia de: educación, capacitación para el trabajo, acceso a servicios y programas sociales, bienes de consumo y comodidades, vivienda, entre otras.

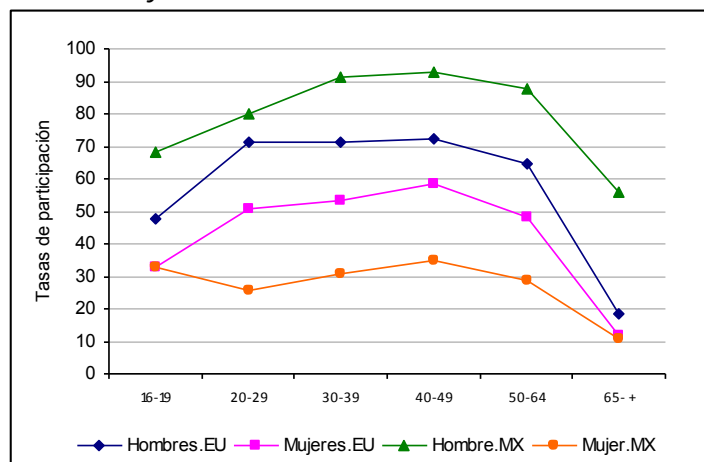
Por todo ello, ya se describió al perfil del migrante correspondiente a personas predominantemente en edades activas. De casi 2.4 millones de originarios de Centroamérica en edades de 16 a 64 años de edad residentes en Estados Unidos en el año 2005, un poco más de 1.7 millones (73.5%) se encontraban ocupados; de ellos, 63.8% (casi dos terceras partes) eran hombres y el resto mujeres.

Con los datos de los censos del año 2000, Castillo y Herrera (2006:15-16) hacen una comparación de las tasas de participación (TP) de los centroamericanos residentes en Estados Unidos y México por intervalos de edad, lo cual da una idea de su condición de actividad.⁶ En México, los centroamericanos entre 12 y 15 años de edad tienen una Tasa de Participación (TP) promedio de 34.6 por ciento, con diferencias importantes entre los países, siendo la TP más alta (50%), la de los menores guatemaltecos, seguidos por los inmigrantes de Honduras (16%), Belice (14%) y El Salvador (12.4%), Nicaragua (6%), Costa Rica (3%) y, en el caso de Panamá, ningún menor trabaja.

Según se aprecia en la gráfica, tanto en México como en Estados Unidos existe una mayor participación de hombres que de mujeres en el mercado de trabajo. La TP de los inmigrantes hombres en Estados Unidos es de 67.3% y en México de 83%; las mujeres inmigrantes que residen en Estados Unidos tienen niveles de participación más altos, 49% vs. 28.5% para las inmigrantes en México; también se observa que la diferencia de participación por sexo es mayor entre los inmigrantes en México.

⁶ La condición de actividad es captada por ambos censos con la pregunta respecto de si la persona trabajó en la semana previa al censo. En México se considera a las personas de 12 años y más de edad como población en edad de trabajar, mientras que en Estados Unidos el límite inferior es de 16 años.

Gráfica: Tasas de participación por sexo de los nacidos en algún país centroamericano de 16 años y más edad, residentes en México y en Estados Unidos



Fuente: Tomada de Castillo y Herrera (2006:17), elaboradas con base en la Muestra del 10% de viviendas del Censo de Población de México y la Muestra del 1% de viviendas del Censo de Población de Estados Unidos, 2000.

Cuando se observan los datos de la ocupación de los centroamericanos por sector de actividad económica, se notan algunas diferencias con sus homólogos mexicanos. Según los datos de la CPS 2005, la participación relativa de los primeros en actividades Extractivas (1.5%) y de Transformación (31.1%) son sensiblemente menores que las de los originarios de México (6.0% y 36.9%, respectivamente), mientras que las mayores diferencias positivas se observan en las actividades clasificadas como Servicios sociales (12.1% y 7.2%, respectivamente), Servicios de distribución (18.2% y 15.1%, respectivamente) y Servicios de producción (12.1% y 7.2%, respectivamente) (Cuadro 11).

Cuando las cifras se desagregan por sexo, también hay diferencias entre los originarios de algún país centroamericano. Los hombres se concentran en actividades de Transformación (41.2%) y de Servicios de distribución (20.2%), mientras que las mujeres se emplean primordialmente en Servicios personales (32.3%) y Servicios sociales (20.4%) (Cuadros 12 y 13).

Si examinamos la información relativa a la posición en la ocupación, los originarios de Centroamérica se ubican principalmente en las categorías de Obreros y trabajadores especializados (33.3%) y Trabajadores en los servicios (30.1%), condición muy semejante a la de sus homólogos mexicanos (Cuadro 14). En tanto que si observamos las diferencias por sexo, los hombres de origen centroamericano conservan esta jerarquía

(44.7% y 21.4%, respectivamente), mientras que las mujeres la invierten, pues el 45.6% trabajan en los servicios y sólo 13.2% se declararon como obreras o trabajadoras especializadas. También la tercera posición en importancia es contrastante, pues los hombres se declararon como Trabajadores del transporte (12.1%), mientras que el 12.5% de las mujeres lo hicieron como ocupadas en actividades de Apoyo administrativo y de oficinas (Cuadros 15 y 16).

Pero también, como se ha dicho muchas veces, la situación de los inmigrantes –en su mayoría–no es de bonanza, sobre todo de los recién llegados, quienes deben pasar por una serie de situaciones de restricciones económicas, inestabilidad en el empleo (a partir del momento en que lo consiguen), de dificultades en el alojamiento y para la resolución de problemas cotidianos, amén de la constante angustia por ser detectados y eventualmente deportados. De ahí que los indicadores promedio sobre su situación social no son muy halagüeños.

Canales (2006), utilizando datos de la CPS-2002, afirma que existe una “... segregación ocupacional [que] se manifiesta, entre otras cosas, en los ingresos que percibe la población latinoamericana en Estados Unidos ... el ingreso anual que en promedio perciben los inmigrantes latinoamericanos mayores de 15 años es de 21.3 mil dólares, cifra que es 35% inferior al promedio que percibe la población nacida en Estados Unidos. [...] sólo los inmigrantes panameños y nicaragüenses perciben un ingreso superior promedio al norteamericano [sic]. [...] los inmigrantes provenientes de Honduras, [...] Guatemala, México, El Salvador [...] perciben un ingreso que es más de 40% inferior al promedio norteamericano [sic]. [...] (Canales, 2006:107).

Otro efecto de la segregación se observa en las condiciones de vida de la población inmigrante en Estados Unidos. Según el mismo autor, “... más de 30% [de los inmigrantes de Honduras y México], que presentan la situación extrema [...] se ubica por debajo de 1.5 veces la línea de pobreza, a la vez que más de 15% de los inmigrantes se ubica por debajo de la línea de pobreza (Ibid.:110). Los originarios de los demás países centroamericanos se encuentran en una situación intermedia, excepción hecha de los nicaragüenses, quienes se ubican en un grupo cuya “proporción de inmigrantes situados debajo de la línea de pobreza es igual o levemente superior al promedio norteamericano [sic], en todos ellos la proporción de inmigrantes ubicados por debajo de 1.5 veces la línea de pobreza supera ampliamente el promedio de Estados Unidos.” (Ibid.)

- e. Metodologías utilizadas en estudios sobre migración y remesas en Centroamérica

La población objeto de estudio

Parece claro que la mejor forma de dimensionar y caracterizar una población es abordándola directamente, ya que se trata de la materia de interés específico. Ello significa que el volumen y el perfil de los emigrantes de origen centroamericano, serán mejor identificados y descritos ubicándolos en los espacios en donde se encuentran, es decir, en los lugares de asentamiento de sus principales destinos. De ahí que las principales fuentes de información utilizadas en estudios realizados sobre la población en los lugares de destino sean los censos de población y, en el caso de Estados Unidos, las encuestas continuas de población y de hogares, cuando se trata de hacer coberturas amplias y con representatividad nacional.

Es claro que también existe otro tipo de trabajos de corte antropológico o sociológico, acotados a temáticas específicas en contextos muy definidos, en los cuales no se busca lograr hallazgos generalizables, sino la detección de situaciones específicas propias de algunos procesos, lugares, poblaciones o grupos sociales (existe ya una abundante bibliografía de este tipo, pero véase algunos de estos trabajos en Palma, 2004; Hamilton and Stoltz Chinchilla, 2001; Mahler, 1995; Menjivar, 2000).

Una alternativa a ello ha sido la información proporcionada por los miembros de los hogares de los emigrantes, recolectada en encuestas de hogares, como las realizadas por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) en Guatemala (OIM, 2002a, 2002b, 2002c, 2004, 2005 y 2006). Sin embargo, las críticas a ese tipo de levantamientos señalan los sesgos inherentes a la información proporcionada por terceros --muchas veces distorsionadas por diversas razones, incluyendo el ocultamiento o la deformación subconsciente de hechos por parte de los migrantes a sus familias-, o también el efecto de la emigración de familias enteras, que se manifiesta en la imposibilidad de captar información de hogares de ausentes.

El problema de cuantificar la población indocumentada

Sin embargo, por la mayoritaria condición indocumentada de los migrantes en sus lugares de residencia, no existe una fuente que garantice una cobertura más o menos completa. El instrumento universal por excelencia para caracterizar la población residente en un país es el censo de población, pero por la naturaleza de la declaración de jure de los entrevistados, siempre abrigará la sospecha de que los indocumentados no

se identifican adecuadamente. La hipótesis generalizada es que tenderán a manifestar un origen distinto al real por temor a ser detectados y eventualmente deportados, aunque en la práctica eso sea improbable por la confidencialidad de la información obtenida en el empadronamiento.

Por ello, en el caso de los migrantes centroamericanos en Estados Unidos, habrá que resignarse a contar con aproximaciones a sus perfiles a partir de la información que fuentes como son los censos de población o las encuestas de población, tales como la Current Population Survey (CPS) y la American Community Survey (ACS), pueden aportar, ya que las mismas tienen cobertura nacional y representatividad estadística a diferentes niveles. Por lo demás, se puede encontrar una serie de estudios específicos, pero que tienen coberturas y alcances muy limitados que impiden generalizar sus hallazgos; a lo más, pueden brindar pistas para levantar hipótesis acerca de ciertos procesos territorial y poblacionalmente acotados. Es por ello que los estudios realizados por algunas instituciones en Estados Unidos como el Pew Hispanic Center recurren a dichas fuentes de información.

Mientras tanto, algunas instituciones –como en su tiempo el Servicio de Inmigración y Naturalización (INS, por sus siglas en inglés) del Departamento de Justicia del Gobierno de Estados Unidos, y ahora el Servicio de Inmigración y Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés) del Departamento de Seguridad Nacional, convocan periódicamente a paneles de expertos para realizar estimaciones de los volúmenes de la población indocumentada con base en métodos demográficos. De uno de ellos surgió una estimación en 1996 que ubicaba a la población indocumentada residente en Estados Unidos en una magnitud del orden de 5.5 millones de personas, de las cuales aproximadamente la mitad se consideraba de origen mexicano y le seguía en importancia la población de origen salvadoreño.

Posteriormente, se ha continuado esta práctica por parte de diversas instituciones e investigadores. Otra estimación más reciente es la de Frank Bean, quien estimaba una media total de 7.8 millones de indocumentados para el año 2001, dentro de los cuales, los mexicanos ascenderían a 4.5 millones y los centroamericanos a 1.5 millones (aunque en el medio de un intervalo entre 1.2 y 1.9 millones para estos últimos). Mientras tanto, Jeffrey Passel había estimado una media de 8 millones y el Bureau del Censo de 8.7 millones, ambos para el año 2000 (citados en Lowell y Suro, 2002:6). Una de los ejercicios más recientes es el de Passel (2005:1), quien señala que en marzo de 2004 la población indocumentada se estimó en 10.3 millones y que hacia marzo de 2005 habría llegado a cerca de 11

millones, incluyendo a más de 6 millones de mexicanos, asumiendo la misma tasa de crecimiento que las observadas en los años recientes.⁷

Mientras tanto, en México no se conoce ningún ejercicio equivalente y, por lo mismo, no se cuenta con una estimación del volumen de población indocumentada. Las únicas estadísticas disponibles son los informes mensuales del Instituto Nacional de Migración (INM) de la Secretaría de Gobernación, en el cual se consignan las cifras de devoluciones y rechazos realizados por las autoridades migratorias. Las mismas alcanzan a discriminar el número de acciones según el país de origen que declaran las personas al momento de su aprehensión (o “aseguramiento”).

Sin embargo, cabe destacar un esfuerzo reciente por parte de un grupo de instituciones mexicanas patrocinadoras⁸ y un consorcio de instituciones académicas, que incluyen a una de la región,⁹ emprendieron el proceso de levantamiento de la Encuesta sobre Migración en la Frontera Guatemala-México. Se espera que dicho instrumento permita captar información sobre parte de los migrantes en tránsito que intentan cruzar o regresan por dicha frontera.

De los estudios sobre remesas

Los estudios sobre remesas han abarcado una amplia gama de aspectos vinculados con el tema (Orozco: 2002). Por una parte, se cuenta con trabajos orientados al dimensionamiento de dichos recursos y el establecimiento de sus efectos en el plano macroeconómico; para ello se han utilizado de manera importante los registros que los bancos centrales realizan de las transferencias recibidas del exterior, de lo cual dan cuenta los estudios realizados por la CEPAL. Fue pionero el interés de este organismo por indagar sobre los volúmenes, naturaleza y destinos de estos recursos, lo cual puso de manifiesto en los estudios que patrocinó desde los años ochenta (CEPAL, 1991).

También ha habido un interés por establecer el papel que desempeñan los distintos actores vinculados con las transferencias, los mecanismos

⁷ Se ha estimado que en el periodo 2000-2005 la emigración neta anual de mexicanos a Estados Unidos se ubicó en una media de 400,000 mil personas (CONAPO, 2006:28).

⁸ Se trata del Instituto Nacional de Migración (INM) y el Consejo Nacional de Población (CONAPO), adscritos a la Secretaría de Gobernación; la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STyPS); la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE); y El Colegio de la Frontera Norte (COLEF).

⁹ El Colegio de la Frontera Norte (COLEF) convocó a El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), El Colegio de México (COLMEX) y el Instituto Centroamericano de Estudios Sociales y Desarrollo (INCEDES), con sede en Guatemala, para realizar labores de diseño, levantamiento y captura de la información de la Encuesta. Sin embargo, por la naturaleza del levantamiento de la Encuesta es INCEDES quien está a cargo del operativo de campo. En sus primeras etapas, dicha labor fue realizada por el Programa de Migración de FLACSO-Sede Guatemala.

empleados para remitirlos desde los lugares en que se generan, la manera como se reciben en los lugares de origen de los migrantes y la participación de los intermediarios en el proceso (Suro, 2003; Suro et al., s/f).

Por otro lado, existe un interés muy particular por dilucidar el comportamiento de los hogares receptores y la forma como se consumen dichos recursos. Para ello, se han levantado encuestas específicas en hogares de migrantes, como es el caso de las encuestas levantadas por la OIM en algunos países de la región (ver, por ejemplo, OIM:2005 y 2006).

Sin embargo, destaca el interés por establecer la capacidad que dichos recursos como potenciales generadores o impulsores de procesos de desarrollo; es el motor que ha propiciado el desarrollo de estudios como los de CEPAL (1999a, 1999b, 1999c y 1999d; 2000a y 2000b), que fueron producto de una combinación de métodos de investigación, no sólo en los lugares de destino, sino también en los principales lugares de concentración de migrantes centroamericanos en donde se gestan y envían dichos recursos.

f. Resultados de los estudios disponibles

a. Explicaciones sobre la dinámica de la migración en los países de Centroamérica

En general, los estudios hasta ahora realizados coinciden en explicar el fenómeno de las migraciones recientes desde Centroamérica como directamente enraizadas en la situación socioeconómica de los países de la región. La incapacidad de los modelos de desarrollo de ofrecer satisfactores adecuados y suficientes a vastos sectores de la población constituye el principal argumento para explicar el proceso (Castillo y Palma, 1996; Lungo y Castillo, 1997).

Los estudios regionales enfatizan los factores de índole general (Proyecto Estado de la Región, 1999 y 2003) y los trabajos nacionales señalan los aspectos particulares que matizan cada caso (PNUD, 2005a y 2005b). En este último sentido, la mayor o menor antigüedad, la extensión territorial y social del fenómeno, el papel de las remesas y otros factores se constituyen en elementos diferenciadores y que matizan las explicaciones, así como determinan los intereses de investigación.

No se conocen elementos concluyentes que relacionen las características de las poblaciones migrantes centroamericanas con otros procesos y condicionantes sociales. Así, por ejemplo, García (2007:30) afirma que "... la situación de pobreza crítica, no explica por sí sola la masiva expulsión demográfica. No existe una relación directa y unidireccional entre pobreza y migración...". En todo caso, "... la tesis que explica la migración por la situación de pobreza generalizada comienza a ser relativizada... la situación de bajos ingresos, tasas elevadas de desempleo son condiciones necesarias para dinamizar el flujo migratorio, no son suficientes... Se necesitan otros factores..." (Ibid.: 27).

- b. Análisis sobre los determinantes de la cohesión social en los grupos de migrantes hacia sus familias y comunidades.

Se han hecho diversos señalamientos sobre los posibles impactos de las migraciones en términos de la cohesión e integración social de los grupos de migrantes y especialmente hacia sus familias y comunidades. Desde los inicios del fenómeno se manifestaron preocupaciones en este sentido y algunos trabajos apuntaban a los elementos que podrían conspirar contra la cohesión social (CEPAL, 1992).

Sin embargo, son trabajos más específicos y que apuntan a situaciones más localizadas las que han puesto atención sobre problemas que pueden generar y estar generando en el ámbito de los hogares de migrantes y en el interior de las comunidades. La literatura sobre el transnacionalismo ha señalado una serie de virtudes derivadas de las novedosas formas de vinculación adoptadas por las comunidades de destino y de origen.

Pero a la vez, también se ha llamado la atención sobre aspectos diversos que podrían indicar problemas diversos, en términos de desintegración familiar, rupturas de tejidos sociales, segregación de sectores sociales en función de su participación o no en el fenómeno migratorio, desórdenes de conducta derivados de la separación familiar, efectos de procesos inflacionarios por la llegada de recursos externos a las débiles economías locales, entre otros.

- c. Explicación sobre el impacto de las remesas en Centroamérica sobre la movilidad social y cohesión social

En general, existe una significativa cantidad de trabajos y evaluaciones de los impactos de las remesas sobre las economías en su conjunto. Se trata de análisis de los impactos macroeconómicos de la entrada de recursos a las economías nacionales, cuyos efectos son vistos positivamente en la medida en que contribuyen a contrarrestar los efectos negativos de otros factores sobre la balanza de pagos.

Así, se ha puesto énfasis en la importante contribución de estos recursos, cuyos montos se estiman para Centroamérica como un conjunto agregado en un 10.5% del PIB para el año 2006 (CEPAL, 2006:15), pero que alcanzan proporciones significativas en El Salvador (18%), Guatemala (10%) y Honduras (26%) (Ibid.). Sin embargo, estas proporciones son producto de una tendencia ascendente a lo largo de los últimos años, pues “Las remesas familiares continuaron con su tendencia de notorio crecimiento al expandirse 20.6% en 2006, al llegar a 10,522 millones de dólares [...] mayor que el correspondiente a los ingresos externos por deuda e inversión.” (CEPAL, 2007:7).

Por otra parte, se afirma que “... el mayor crecimiento del ingreso proviene de las remesas de los trabajadores emigrados y es percibido por el sector privado. ... se canaliza a las familias y, entre ellas, a las de menor ingreso relativo, es decir al sector de la población cuyo consumo es más dependiente del ingreso corriente... [de ahí que] cabe esperar que el ahorro nacional sea relativamente menor y que el consumo sea el propulsor de la demanda.” (CEPAL, 2006:17).

g. Interpretaciones del autor sobre la migración y remesas en Centroamérica

a. Análisis crítico sobre los estudios de migración y remesas

El estado del arte de la investigación sobre las migraciones y las remesas reflejan, hasta cierto punto, el grado y formas de interés que priva en la región sobre el fenómeno y sus efectos. Las instituciones académicas en general no han desarrollado capacidad y experiencia suficientes como para contar con diagnósticos en profundidad y extensión sobre la naturaleza, dimensiones y características de los procesos migratorios en la región.

En mi opinión, se cuenta con visiones parciales y fragmentadas que son producto de esfuerzos aislados de algunos investigadores e

instituciones, que han aprovechado apoyos coyunturales, pero que sólo alcanzan a cubrir determinados aspectos, muy específicos y localizados. Otro tanto ha ocurrido con la información necesaria para realizar estudios rigurosos y en eso son los organismos internacionales quienes tienen ventajas comparativas, pues son ellos quienes definen la agenda de investigación y el uso de sus productos según sus propios intereses, ya que no existe una cultura de acceso a la información en la región (por ejemplo, OIM, op. cit.).¹⁰

Por otra parte, no se conocen esfuerzos regionales exitosos para desarrollar investigaciones comparativas o al menos coordinadas para aplicar metodologías semejantes y analizar temas comunes. La capacidad instalada de algunas instituciones académicas con relativa presencia regional, como es el caso de FLACSO (con sedes en Costa Rica, Guatemala y El Salvador), no ha logrado cuajar en proyectos coordinados. Otro tanto ocurre con la capacidad que podrían aprovechar las universidades públicas asociadas en torno al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) o las privadas pertenecientes a la Asociación de Universidades Jesuitas de América Latina (AUSJAL) con sus asociadas en la región.

b. Áreas futuras de investigación en materia de migración y remesas

i. Temas relevantes

Me parece fundamental desarrollar investigaciones que ayuden a ubicar y caracterizar los lugares específicos de origen de los flujos migratorios, así como de sus sectores de población que se incorporan a dichas corrientes. Tenemos ideas muy generales sobre las regiones expulsoras en el interior de los países, pero no conocemos los factores diferenciadores que hacen que algunas comunidades y algunos sectores de población participen o no en los procesos de movilidad.

Es importante conocer el destino de los recursos que los hogares reciben en forma de remesas. Aunque sabemos que, en términos generales, se destinan a la

¹⁰ Peláez y Ugalde (2007:90) señalan que “... Lamentablemente no se tiene acceso directo a la base de datos de las Encuestas Nacionales sobre Migraciones (realizadas sucesivamente entre 2002 y 2005), elaboradas y publicadas por la Organización Internacional de las Migraciones (OIM), debido a que el acceso está restringido.”

satisfacción de necesidades básicas a través del consumo de alimentos, vestido y gastos en salud y educación, falta precisión en su composición, pero sobre todo las maneras y destinos específicos del gasto. Tendríamos que saber qué tanta capacidad tienen las comunidades en que se ubican los hogares receptores para captar y potenciar tales recursos o en qué medida se están generando y profundizando relaciones de dependencia de otras regiones o del exterior.

En ese sentido, es importante establecer el papel que desempeñan los gastos en educación, pues al establecer el perfil educativo de los emigrantes, habría que verificar en qué medida dichos gastos constituyen una inversión para estimular nuevos procesos migratorios, o bien, una forma de generar capital humano para realizar emprendimientos propios para el desarrollo local, así como valorar en qué medida es un recurso de movilidad social. Y, en la misma dirección, también sería importante saber qué pasa con el gasto en salud, pues la ausencia local o regional de infraestructura de servicios de este tipo sólo puede alentar nuevas emigraciones a otras ciudades o regiones del país de origen, o bien hacia el exterior.

Se desconoce el papel específico que desempeñan las redes de familias y comunidades de migrantes en la alimentación y facilitación de los procesos migratorios. Se ha comentado en diversos sectores y medios que en muchas comunidades existen vínculos con algunas comunidades de destino, pero falta construir un mapa que permita establecer las conexiones y, de esa manera, establecer las potencialidades de dichos destinos como receptores de futuros migrantes.

Es necesario realizar estudios de comunidades de origen con el propósito de establecer los impactos locales, es decir, sobre los tejidos sociales de las migraciones, especialmente en aquellos lugares en los que la movilidad ha afectado esquemas de organización comunitaria. Los procesos de segregación social son antecedentes de conflictos y de situaciones que ponen en peligro la gobernabilidad y la cohesión de entornos tradicionalmente armónicos.

La posibilidad de contar a mediano plazo con resultados de la Encuesta sobre Migración en la Frontera Guatemala-México (EMIFGUAMEX), permite plantearse la descripción y el análisis de las poblaciones captadas en dicho instrumento. Debe tenerse presente que se trata del flujo de migrantes en tránsito, muchos de los cuales (no sabemos qué proporción) no logran su propósito y, por lo tanto, no forman parte del universo de migrantes, residentes en los lugares de destino (documentados o indocumentados), captados por otras fuentes.

Mucho se ha comentado también, sobre todo en periodos electorales en los países de la región, sobre el papel de los individuos y las comunidades en el exterior, especialmente respecto del ejercicio de sus derechos civiles y políticos. Parte del debate se ha alimentado con propuestas y posturas de algunas organizaciones de migrantes que han reivindicado, entre otras demandas, su derecho al voto en sus naciones de origen. Sin embargo, no existen esfuerzos sistemáticos por dilucidar cuál es la agenda de necesidades específicas y prioritarias de los centroamericanos residentes en el extranjero, más allá de aquéllas que esgrimen quienes se autocalifican como sus voceros y representantes.

ii. Aplicación de nuevas metodologías

La utilización de nuevas metodologías estará condicionada en buena medida por la generación de nuevas fuentes de información. Así, por ejemplo, sabemos que las encuestas son recursos onerosos en materia de información; sin embargo, se levantan muchas encuestas en la región con diversos propósitos, mismas que podrían ser aprovechadas en beneficio del conocimiento de las migraciones. La adición de módulos específicos es una solución intermedia que podría producir información importante y útil, por ejemplo, adosados a las Encuestas de Ingresos y Gastos, de Condiciones de Vida, de Salud Materno-Infantil o de Salud Reproductiva, entre otras.

Se deben apoyar estudios de tipo sociológico o antropológico que privilegien métodos cualitativos que empleen técnicas como las historias de vida y las entrevistas en profundidad, que articuladas adecuadamente a marcos de análisis cuantitativos, pueden generar nuevas hipótesis respecto de diversos aspectos como: la participación de las mujeres en los procesos migratorios, sea como participantes activas o como “las que se quedan”; la composición del gasto de los hogares y el uso de las remesas; las posibilidades reales de iniciativas de ahorro y de utilización de recursos; las formas de organización comunitaria en torno a la captación de recursos colectivos y en vista de la ausencia de miembros masculinos y femeninos de la comunidad; entre otros.

iii. Medición de nuevos indicadores

Es difícil, con la información disponible en la actualidad, proponer la construcción de nuevos indicadores relacionados con la migración. Sin embargo, considero que se debe trabajar en dirección a contar con Índices como el de Intensidad Migratoria, a semejanza del que se ha construido en México para describir los diferenciales regionales y subregionales del comportamiento migratorio hacia Estados Unidos de las poblaciones de aquel país (CONAPO, 2000). Se trata de un índice compuesto, una medida resumen, que integra las siguientes modalidades y expresiones de la migración:

- ❖ Hogares con emigrantes del quinquenio anterior al censo que permanecían en Estados Unidos al momento del levantamiento censal
- ❖ Hogares con emigrantes que regresaron al país durante el quinquenio anterior al censo
- ❖ Hogares con miembros residentes en Estados Unidos al inicio del quinquenio anterior y que regresaron a vivir antes del censo
- ❖ Hogares que reciben remesas

Caben dos advertencias: una, la necesidad de información equivalente y relativamente homogénea para todos los países; y la segunda, que habría que pensar en un índice propio para la región, en el que se integren elementos y ponderadores adecuados a la dinámica migratoria.

Indicadores como el anterior, aplicados a las unidades administrativas de medición censal, tendrían que contrastarse con otros indicadores elaborados para los mismos niveles (como el de Desarrollo Humano, o eventualmente uno de Desarrollo Social [ver CONAPO, 2003]) para tratar de buscar vínculos entre el comportamiento migratorio y la situación de las poblaciones.



Cuadro 1
Población residente en Estados Unidos que nació en algún país de Centroamérica

País de nacimiento		Población residente en Estados Unidos que nació en algún país de Centro América				
		1970	1980	1990	2000	2005*
cantidades	Total	120,913	345,655	1,127,978	2,056,519	2,712,184
	Belice	7,000	14,436	29,957	34,120	51,174
	Costa Rica	16,691	29,639	43,530	72,494	56,628
	El Salvador	15,717	94,447	465,433	833,803	1,132,125
	Guatemala	17,356	63,073	225,739	477,836	554,137
	Honduras	27,978	39,154	108,923	258,065	385,113
	Nicaragua	16,125	44,166	168,659	234,328	184,979
	Panamá	20,046	60,740	85,737	145,873	90,342
	N.E. de Centro América**	—	—	—	—	257,685
% por país	Total	83%	82%	92%	93%	100%
	Belice	5.8%	4.2%	2.7%	1.7%	1.9%
	Costa Rica	13.8%	8.6%	3.9%	3.5%	2.1%
	El Salvador	13.0%	27.3%	41.3%	40.5%	41.7%
	Guatemala	14.4%	18.2%	20.0%	23.2%	20.4%
	Honduras	23.1%	11.3%	9.7%	12.5%	14.2%
	Nicaragua	13.3%	12.8%	15.0%	11.4%	6.8%
	Panamá	0.0%	0.0%	0.0%	0.0%	3.3%
	N.E. de Centro América**	—	—	—	—	9.5%

Fuente: Para 1970, 1980 y 1990, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE). Migración y Desarrollo en América del Norte y Centroamérica: una visión sintética. CEPAL, Naciones Unidas. Santiago de Chile, 1999 (cuadros 1, 2 y 3). Para el año 2000, elaboración propia a partir de la base de datos a escala de registro de la muestra del 1% de viviendas del Censo de Población de Estados Unidos del año 2000. * Datos de la Current Population Survey (CPS), marzo de 2005.

Cuadro 2a
Población inmigrante residente en Estados Unidos por lugar de nacimiento, según año de llegada, 2005

Año de llegada	Total	Mexicanos	Centroamericanos	Otros migrantes
Total	38,868,078	11,026,774	2,712,034	25,129,270
Hasta 1959	2,318,213	256,341	46,346	2,015,526
1960-1969	2,844,488	440,252	105,432	2,298,804
1970-1979	4,946,750	1,275,705	246,831	3,424,214
1980-1989	8,269,603	2,302,672	758,196	5,208,735
1990-1999	12,180,282	3,881,842	969,129	7,329,311
2000-2005	8,308,742	2,869,962	586,100	4,852,680
Total	100	100	100	100
Hasta 1959	6.0	2.3	1.7	8.0
1960-1969	7.3	4.0	3.9	9.1
1970-1979	12.7	11.6	9.1	13.6
1980-1989	21.3	20.9	28.0	20.7
1990-1999	31.3	35.2	35.7	29.2
2000-2005	21.4	26.0	21.6	19.3

Fuente: Estimaciones propias con base en Bureau of Census, Current Population Survey (CPS), marzo de 2005.

* Se refiere a la población captada por la CPS que nació en algún país de Centroamérica, pero que no especificó el país de nacimiento

